

‘Tachia’

La actriz Conchita Quintana demuestra que las historias sentimentales pueden acabar bien



La dramaturga española Tachia Quintana en una fotografía de archivo.
CARLOS DURÁN (EFE)

LUIS GARCÍA MONTERO

16 DIC 2024 - 05:00 CET

📷 f X 🦋 in 🔗 28 💬

Aunque parezca mentira en los tiempos que corren, hay cosas que salen bien, historias que discurren con una naturalidad hermosa. La semana pasada, en la donación al [Instituto Cervantes](#) de la biblioteca que la familia del escritor [Gabriel García Márquez](#) conservaba en París, tuve la suerte de saludar a la actriz española [Conchita Quintana](#). Se la conoce como *Tachia*, porque así la bautizó [Blas de Otero](#). El poeta no sólo mantuvo con ella una relación amorosa a principios de los años 50, sino que creó un personaje poético con las sílabas finales de su nombre. *Tachia* nació de Conchita y de la poesía. “*Tachia*, los hombres sufren. No tenemos / ni un pedazo de paz

con que aplacarles”, escribió Blas en uno de sus poemas de *Ancia*, mientras caminaba por Bilbao y París en busca de un verso que viviese en medio de la calle. Ser libre fue, entre otras cosas, mirar “a *Tachia* descaradamente”.

En París, a la salida de una lectura poética, *Tachia* conoció a un joven periodista llamado Gabriel. Mantuvieron en 1956 una intensa historia de amor que luchó contra las dificultades económicas y se abrió paso en la literatura y en la vida. Cuando se acabó la relación amorosa, no hubo gritos, sino despedidas y amistad. Casado Gabo con [Mercedes Barcha](#), la familia heredó esa amistad y compartieron nuevos días en París. Gracias al entorno de *Tachia* y a la familia García Barcha, la biblioteca que tenía el novelista en su casa de París, con muchas traducciones de su obra y una colección de lecturas preferidas, ha llegado al Instituto Cervantes. Lo celebro en esta columna. Celebro haber conocido a *Tachia* a sus 95 años. Y celebro que las historias sentimentales puedan acabar bien, en amistad, pese a algunos secretos que nos han contado los biógrafos y los amigos de aquel tiempo. Los argumentos de la vida pueden suceder sin crispaciones ni odios. Mejor guardar los libros. No hay por qué tirarse los trastos a la cabeza.